

Max Junge

Exploraciones en la Patagonia chilena

BREVE RESEÑA HISTORICO-GEOGRAFICA

La Patagonia es un concepto geográfico y no político. Se designa con este nombre a la región que en Sud América se extiende desde el Río Colorado, en la República Argentina, hacia el Sur, hasta la Tierra del Fuego. Comprende, por lo tanto, parte de la República de Chile, cuya costa austral forma parte de ella.

Es la tierra de los contrastes, de lo inconmensurable; la tierra del calafate, de aquel arbusto espinado cuyas frutas azules contienen el mágico poder de hacer retornar a la Patagonia al que las pruebe.

La tétrica y húmeda costa del Océano Pacífico y la separación del Atlántico por los extensos planos desiertos atrasó mucho el descubrimiento y conquista de la Patagonia y ha dificultado, posteriormente, el mejor conocimiento de ella. Cubre ésta una superficie de un millón ciento noventa mil kilómetros cuadrados, extensión superior a la que ocupan, en conjunto, Alemania, Francia, Bélgica, Holanda y Suiza. De esta superficie le corresponde a Chile la cuarta parte.

Pocos años después del descubrimiento de Sud América aparece una curiosa leyenda cuyo teatro sería la Patagonia. Una ciudad encantada, «la Ciudad de los Césares», se encontraría allá escondida y albergaría fantásticos tesoros, hermosos templos, artísticos edificios de piedra y ladrillo, techados con

plata, campanas de oro con incrustaciones de piedras preciosas en cantidades incalculables. La población sería rubia y sus mujeres lucirían una belleza sorprendente. Estaría ubicada en medio de olivares y naranjales y sus pobladores no conocerían las enfermedades y sólo la vejez les ocasionaría la muerte.

Los españoles de la Edad Media, que siempre estaban ávidos de aventuras, creían firmemente en la existencia de aquel reino fabuloso, induciéndolos a iniciar numerosas expediciones que partieron a la Patagonia en los siglos XVI y XVII, en busca de la ciudad perdida. Se distinguieron especialmente los monjes misioneros de Chiloé, entre los que se destacan como viajeros incansables, los exploradores Fray Menéndez y el Padre García, no logrando obtener el fin que perseguían, pero, en cambio, contribuyeron eficazmente al descubrimiento de numerosas desembocaduras de ríos, esteros y canales. El avance al interior fracasaba cada vez que se intentaba, interponiéndose la espantosa selva y la abrupta cordillera que parecía oponerse obstinadamente a que se revelaran sus secretos. Eso no fué obstáculo para que, especialmente en el chilote pobre, se mantuviera el deseo de encontrar esa rica ciudad cercana. Hoy, aun persiste esta leyenda entre ellos.

Posteriormente, los viajes del capitán español Moraleda y las exploraciones de la *Beagle* con Fitzroy y Darwin, hacen cien años, echan las primeras bases para las cartas hidrográficas de los canales australes.

La exploración científica de la Patagonia, sólo comenzó a fines del siglo pasado. Del lado argentino partieron varias expediciones que culminaron en 1878 con la campaña contra los indios, dirigida por el General Roca. Avanzaron hasta las vertientes orientales de la cordillera y penetraron en sus montañas hasta donde era posible el acceso a las cabalgaduras.

La marina chilena por su parte, ha contribuído eficazmente al descubrimiento de la costa occidental y de los grandes ríos. Pero, el mayor trabajo de reconocimientos en aquellas inhospitalarias regiones lo hicieron un grupo de alemanes. Debe mencionarse en primer lugar, al famoso y afortunado doctor Hans Steffen y sus colaboradores Fischer, Krueger, Schellendorf y Krautmacher. Desembarcados en las deshabitadas e inhospitalarias costas, quedaron entregados a su destino. Valiéndose exclusivamente del gran sistema de vías fluviales que descubrieron y reconocieron y después de un rudo trabajo de cuatro o cinco meses, lograron avanzar atravesando la cordi-

llera y llegarón hasta los nacimientos de los ríos, pudiendo confeccionar las primeras cartas geográficas de la cordillera austral.

Las grandes extensiones ubicadas entre los ríos y que se abstraen a la vista desde la costa o del fondo de los valles están casi todas aun inexploradas. Puede estimarse que el 50% de la Patagonia occidental es aun desconocida. ¿Qué habrá en esas zonas? Campos de hielo, cerros cortados, lagos, pero se puede suponer también que existan valles fértiles que han pasado desapercibidos gracias a la destrucción única de la cordillera Patagónica.

Treinta años habían transcurrido desde que el doctor Steffen llevara a efecto sus exploraciones sistemáticas, hasta que el Gobierno chileno volviera a interesarse por aquellas lejanas tierras. Se inician nuevamente las exploraciones; esta vez por aire y tierra, con el fin de reducir aquellas manchas blancas de los mapas, vergüenza para un país civilizado, que lucen aun la palabra «inexplorados».

Así fué como se me comisionó durante tres veranos consecutivos para estudiar la posibilidad de construir caminos en los valles, a fin de unir la región transcordillerana con la costa. Mi trabajo consistía, además, en una estimación de las zonas colonizables y de completar el material cartográfico existente. Estas expediciones que contaban con escasos recursos, sin embargo, me dieron la oportunidad de conocer la mayor parte de los valles cordilleranos que no habían sido pisados por hombre alguno. Ascensiones a cerros, reconocimientos de los valles y de los afluentes, me permitieron ver tierras y lagos nuevos; pero una travesía completa de la cordillera patagónica no la había logrado nunca.

Durante la expedición del año 1930-31, uno de los chilotos que había subido a un gran laurel para orientarnos, gritó desde arriba que divisaba a distancia una porción de agua. Al día siguiente, llegamos a la ribera de un lago desconocido; con el bote de goma iniciamos un prolijo reconocimiento y vimos que una angostura nos había ocultado la gran extensión que abarca el lago de Sur a Norte. Se desagua en la dirección de este último punto y pertenece al sistema fluvial del Río Palena. He propuesto darle a este lago el nombre de Risopatrón, en memoria del eminente geógrafo chileno.

Esta gran región, la Patagonia, se divide, considerando su topografía, clima y vegetación, en dos grandes paisajes natura-

les, entre los cuales se introduce una zona de transición, la cual, por su clima y flora debe considerarse como paisaje característico de la Patagonia.

La Patagonia oriental comprende las grandes e inmensas llanuras que se extienden desde el Atlántico a la Cordillera. Aquí predomina la meseta en el paisaje, cubierta de pastos pobres, de estepas, tapadas por ripio glacial que le da en parte el carácter de un desierto. Esta zona es escasa en precipitaciones fluviales y los bruscos cambios de la temperatura recuerdan las condiciones análogas de los desiertos, con días calurosos y noches heladas.

Como las escasas plantas se encuentran aisladas, se ve en todas partes el suelo desnudo. Este se compone principalmente de masas de escombros que provienen de la cordillera y que han sido acarreados por el hielo, los ríos y el mar. La capa de rodados, de más de diez metros de espesor, que cubre casi toda la Patagonia Oriental, es un fenómeno geológico que ha preocupado siempre a los exploradores y viajeros. El suelo no es estéril, sólo la falta de agua dulce y los fortísimos vientos que soplan del Este con una violencia extraordinaria no permiten el desarrollo de otra vegetación, sino la característica de la estepa. A pesar de esto, no se debe imaginar que la Patagonia Oriental sea un desierto monótono como se le suele pintar y por ello es más acertado darle la denominación de estepa. Hay que recordar que este desierto proporciona alimentos a millones y millones de ovejas, que aportan un factor decisivo a la economía nacional argentina. La Patagonia Oriental es el país de las ovejerías extensivas que se pueden comparar con orgullo a las de Australia.

Se puede decir que los nativos, indios tehuelches, casi han desaparecido, pues, sólo quedan en la actualidad algunos caciques que viven en compañía de sus numerosas familias, en los terrenos que les ha destinado el Gobierno argentino, conservando sus costumbres primitivas. Siglos atrás habitaban la región sub-andina, hoy chilena, donde se encuentran aun vestigios de su permanencia en ella. Se suelen encontrar, sepulturas, utensilios y armas de piedra que indican la zona que recorrían en sus cacerías. En una caverna de unos diez metros de ancho, por seis de profundidad y tres de alto, ubicada en un cerro a dos mil metros de altura, al interior del Lago Buenos Aires, pude descubrir algunos enigmáticos petroglifos dibujados en la roca con colores imborrables. Es muy probable que esto haya

sido la residencia de un machi o médico indio de época remota.

En cuanto a los indios chonos, alacalufes y otras tribus que merodeaban durante el siglo pasado por las costas patagónicas, están reducidos ahora a unos pocos centenares, refugiados en el extremo sur de los canales.

La población actual es una mezcla cosmopolita de todas las naciones del mundo, predominando los anglo-sajones y germanos en la dirección del comercio lanar y de las estancias. Ovejeros y jornaleros se reclutan de entre elementos argentinos, chilenos e indígenas. El mayor porcentaje de la Población en la Patagonia argentina lo tienen los chilenos con un 60%, siendo en su mayoría trabajadores venidos de la Isla de Chiloé. El chilote le ha dado a la Patagonia el carácter de una tierra de nómades por su poca afición a arraigarse en una misma región. No necesita de techo para cobijarse, ni de los víveres que le pueda brindar el cultivo de la tierra. Así, duerme a todo campo y busca y encuentra su alimento en todas partes en los puestos de las estancias, en el campo con la caza de guanacos y avestruces o se aprovecha de una antigua costumbre que permite al viajero, para atender a su alimentación, apropiarse de la primera oveja que encuentra en su camino, con la única condición de dejar el cuero colgado en los alambrados, para control de su propietario.

Volvamos nuestra atención a la segunda zona, la Patagonia occidental, y veremos que esta coincide con la cordillera patagónica y se encuentra, por lo tanto, dentro de los límites chilenos.

Ella se extiende desde el Estero Reloncaví hasta el Estrecho de Magallanes, con un largo de 1,200 kilómetros, longitud igual a la distancia que media entre Puerto Montt y Coquimbo. Comienza en la Provincia de Chiloé, encierra la de Aysen y abarca parte de Magallanes. Su costa es ruda, inhospitalaria y despedazada. El litoral es muy lluvioso, lo que ha contribuido a la formación de los grandes bosques existentes, que se presentan como selvas compactas, impenetrables y siempre verdes. Escarpados se elevan los arrecifes y los cerros de la costa y de los valles. Los barrancos y precipicios en que la vegetación no se sujeta, forman un caos de quebradas, abismos y grietas, entre los cuales caen hermosas cascadas que murmuran, braman, se precipitan y bajan. Es la tierra del agua en todas sus formas: mar y lagos, arroyos, ríos, torrentes, cascadas y pantanos, va-

pores de agua, neblinas y nubes, lluvias, granizos y nieve, hielos glaciales y hielos continentales y la alta cordillera, cubierta de extensos y numerosos ventisqueros con su permanente carga helada de una magnitud tal que ha llegado a llamársele los hielos continentales patagones. Todo esto le imprime al paisaje, sobre todo en la zona Sur, un aspecto salvaje y hostil.

El mayor y más importante de estos ventisqueros es el San Rafael, verdadera maravilla de la naturaleza; nace en una zona inexplorada y de su frente; que se baña en el lago de su nombre, se desprenden continuamente grandes témpanos, que el viento mece en navegación silenciosa a través del lago. Paisajes como este, existen numerosos en la Provincia de Aysen. El contraste que se observa, entre los bosques semitropicales, poblados de loros y picaflones y cubiertos de helechos y fucsias, y las inmensas masas de hielo que fluyen entre ellos, es sorprendente. Puede considerársele como una de las más bellas regiones de Chile, llamada a atraer una gran corriente de turistas.

La cordillera, cubierta de selvas vírgenes hasta la orilla de los hielos perpetuos, encierra amplios valles que aun yacen deshabitados y sólo esperan su futura colonización.

Las vertientes orientales de la cordillera ofrecen condiciones especiales. Aquí encontramos la faja característica de transición entre la impenetrable selva y la estepa. Hermosos grupos de árboles le dan al paisaje un aspecto muy pintoresco. Amplias praderas que se intercalan entre los bosques, forman verdaderos parques naturales de una belleza inconmensurable, incrementada por los grandes lagos que se suceden con mucha frecuencia en toda aquella zona.

La cordillera protege estos valles contra la inclemencia del tiempo y así su clima que se presenta benigno, permite el espléndido desarrollo del maíz, el tomate, el durazno y el zapallo.

El terreno, en forma de terrazas asciende hacia la pampa, hasta alcanzar los 800 metros sobre el nivel del mar en que se encuentra la meseta patagónica, en la cual se produce el divorcio aquarum entre los ríos del Pacífico y del Atlántico. Desde el Este penetran anchas fajas de pampa entre los contrafuertes de la cordillera, que permiten una cómoda comunicación con las mesetas patagónicas, sin necesidad de vencer altos pasos.

Un curioso fenómeno geológico se observa en la Patagonia. Los ríos que van al Pacífico, nacen casi por lo general al otro lado de la cordillera, en la pampa, cruzan los Andes por

brechas transversales, siguiendo su curso hasta desembocar en el Océano.

Este fenómeno agravó la controversia que se suscitó a fines del siglo pasado entre Argentina y Chile, respecto a la soberanía en la Patagonia. En efecto, el virreinato chileno se extendía hasta las costas del Atlántico. Posteriormente, y desde el advenimiento de la República, jamás ejerció ésta, de hecho, su dominio en aquellas desiertas y lejanas tierras, desprestigiadas, además, por la opinión, de mucho peso por cierto, que emitió Carlos Darwin, hace cien años precisamente, a raíz de haber recorrido la Patagonia, bautizándola con el nombre de «Deviland» (Tierra maldita).

Posteriormente, Argentina inicia la ocupación de la Patagonia oriental, estableciendo en ella algunas colonias inglesas en los fértiles valles precordilleranos. Chile propone el arbitraje para dirimir en forma pacífica tan seria disputa y se acuerda designar como árbitro a S. M. el Rey de Inglaterra.

Las opiniones de Chile y Argentina, respecto al trazado de la frontera, estaban en abierta contraposición. Mientras Chile insistía en el divorcio aquarum, Argentina defendía su tesis de trazar el límite por las más altas cumbres, pero éstas no separan las aguas, como geológicamente era de esperarlo. La naturaleza, siempre caprichosa, planteó un serio problema para las dos naciones hermanas.

Sin embargo, de acuerdo con el fallo arbitral, la frontera fué trazada caprichosamente en las vertientes orientales de la cordillera, adjudicando a la República Argentina casi todos los valles superiores de los ríos que corren al Pacífico. No cabe la menor duda que S. M. Británica tomó como base para emitir su fallo la circunstancia que nuestro vecino del Atlántico había ejercitado de hecho su soberanía sobre la Patagonia y por otra parte, debió influir enormemente en el ánimo del árbitro el tener conocimiento que el Gobierno ocupante de esa región había instalado en ella varias colonias inglesas, lo que, seguramente, lo halagó bastante.

En aquella época se ignoraba, por cierto, la enorme riqueza que encerraban esas tierras, aparentemente desiertas y por esta causa, seguramente Chile no defendió su soberanía con el interés que requería la Patagonia que, hoy día, está comprobado que es una fuente de riqueza inagotable de lana y petróleo.

Esas cuencas de ríos precordilleranos encierran una superficie igual a la que ocupa la mitad de la Provincia del Aysen.

Las condiciones climatológicas de la Patagonia son muy interesantes y, por esto, es muy sensible que no existan más observatorios meteorológicos. El Océano Pacífico produce las inagotables masas de evaporación, que son arrastradas por los temporales del Oeste y se precipitan en forma tropical sobre la falda de la cordillera y los valles. Las nubes que constantemente vienen del Oeste, se encumbran en el escarpado litoral y al enfriarse bruscamente al contacto con las heladas alturas, se precipitan en forma de lluvias torrenciales, granizos y nieve. Por este motivo, raras veces se puede observar un día despejado, ocurriendo esto con más frecuencia en la estación de invierno helado que en el caluroso verano. Se dió el caso que durante los ciento sesenta días del semestre de verano que estuvimos en la región de Cisnes, pudimos registrar sólo veinticuatro días de sol; o sea, el 15%. Ciertamente este verano (1932-33) fué excepcionalmente lluvioso; en cambio, he podido observar en años anteriores, el cielo completamente despejado durante semanas completas y con temperaturas máximas de 25° a 30° a la sombra.

Los sufrimientos que ha habido que soportar por las lluvias, mejor dicho diluvios, se desprenden muy bien de la narración de nuestra expedición. Hay que considerar que el término medio anual de agua caída, excede en la costa los 5,000 m|m. que, comparados con los 2,500 m|m. que cayeron en igual período de tiempo en la Isla de Chiloé, darán una idea muy cabal de lo lluviosas que son aquellas regiones.

Los temporales de viento que son de una fuerza extraordinaria, azotan hasta el segundo y más alto cordón, pero allende la cordillera se observa una gran disminución. Sólo a través de los tajos transcontinentales soplan desde el Oeste sin cesar los vientos huracanados, que al cruzar la cordillera sufren un notable enfriamiento que los transforma en los vientos helados que azotan la pampa; pero en las mesetas este aire que asciende es calentado por el sol continuo. Los huracanes en esta región adquieren una fuerza tal que hacen volar piedras del tamaño de un huevo, de tal manera que los jinetes no se atreven a salir porque se exponen a ser lanzados de sus cabalgaduras y los automóviles que pretenden avanzar en contra del viento son detenidos.

Las vertientes orientales de la cordillera están protegidas contra estos vientos, ofreciendo un clima abrigado y asoleado, con escasas precipitaciones fluviales, lo que hace la estadía

agradable. Esto permite también que se desarrolle muy bien el trigo, el maíz, la alfalfa y en algunos rincones hasta el durazno, el tomate y el zapallo. De modo, pues, que tenemos en una distancia de ciento cincuenta kilómetros desde el clima más lluvioso, hasta el más seco.

Gracias a las condiciones favorables, se pudo efectuar la colonización de la Patagonia chilena, primero allende la cordillera. Así, después de la demarcación de la frontera, hace 31 años, se interesan varias grandes compañías por explotar las zonas de pampa que le fueron adjudicadas a Chile. Tres estancias fueron fundadas, que ocupan cientos de miles de hectáreas de terreno. Entre ellas puede mencionarse la productiva y próspera estancia «Cisnes».

Posteriormente, trataron en repetidas ocasiones de radicarse numerosos colonos, dentro de los límites de las estancias, debido al poco terreno que sobraba, pero esto trajo por consecuencia una lucha permanente, impidiendo el progreso de aquella apartada región.

Sólo cinco años atrás, el Supremo Gobierno crea la Provincia de Aysen y nombra su primer Intendente, reduciendo las extensiones de las concesiones, con lo cual se desocupan terrenos para radicar familias chilenas que vagaban por la Patagonia Argentina; se conceden títulos de propiedad a los colonos, se da gran desarrollo a Puerto Aysen, que cuenta con más de dos mil habitantes y se chilenuza ese territorio que había adoptado las costumbres, la moneda y el habla argentinas, gracias al abandono en que se encontraba por parte de las autoridades chilenas. A esto habían cooperado también las comunicaciones fáciles por caminos secos de la pampa, encauzando el movimiento hacia las costas del Atlántico.

En dirección a las costas del Pacífico sólo existía una pésima senda a Puerto Aysen, en una extensión de 1,200 kilómetros que ocupa el trecho del Reloncaví hasta Puerto Natales. En la actualidad se está construyendo un camino para automóviles a fin de dar salida a los valles interiores hacia la capital y único puerto de la Provincia. Desgraciadamente, la mayor parte de la zona transcorderana aun no tiene salida al Pacífico, lo que hace que los colonos y moradores de las estancias se encuentren arrinconados en la cordillera, viéndose obligados a recorrer cientos de kilómetros a través de la República Argentina para alcanzar a Puerto Aysen. La situación de esos pobladores es, como se puede suponer, muy difícil. Están expuestos al ca-

pricho de los comisarios argentinos y de los funcionarios de la aduana de la vecina República, no contando con una vía de comunicación directa y expedita con la patria; por lo cual claman con razón y esperan la apertura de caminos por los respectivos valles que les permita dirigirse sin tropiezos hacia las costas del Pacífico. Estos caminos no sólo darían salida a esos colonos hacia la tierra patria, sino que también intensificarían el intercambio con nuestros vecinos. Existe pues para Chile la imprescindible necesidad de conquistar para su economía nacional esa zona de su propiedad que se encuentra al otro lado de la cordillera y ello sólo le será posible obtener construyendo caminos y creando nuevos puertos.

De los once millones de hectáreas que comprende más o menos la Provincia de Aysen, puede estimarse que el 70% corresponde a terrenos estériles, compuestos de lagos, hielos, cerros agrestes, islotes y pantanos. De los cuatro millones más de hectáreas restantes, sólo la cuarta parte están ocupadas por las estancias y los colonos, de manera que hay un sobrante de tres millones, en condiciones favorables para poblar.

Las inmensas selvas ofrecen la materia prima inagotable para la industria maderera y sus derivados químicos; los mares poseen una abundancia fabulosa de peces y mariscos, que hoy se explota en forma muy rudimentaria y las enormes extensiones de campos fertilísimos podrían aprovecharse para la crianza de ganado en abundancia, de modo que nos permitiera evitar la importación argentina. El cultivo de la papa puede superar a la producción de Chiloé y los demás productos agrícolas abastecerían las necesidades locales dejando disponible una apreciable cantidad para vender fuera de la región. Si esto no ocurre hoy en día, se debe única y exclusivamente a la falta de iniciativa y a la vida cómoda a que está acostumbrada nuestra población.

Como en la actualidad empieza a desarrollarse el problema de la radicación de los hijos y nietos de los colonos alemanes de Llanquihue y Valdivia, pues no encuentran en esas provincias campos para sus actividades; es lógico pensar en propender a que estos nuevos agricultores vayan a ocupar y explotar aquellas tierras que ofrecen una perspectiva tan halagadora para sus actividades y que sólo esperan el trabajo del hombre de acción para mostrar las riquezas que ellas guardan. Previamente es necesario que el Gobierno se preocupe de dotarlas de las vías de comunicación que para este objeto son indispensables. Cier-

to que ya se ha hecho algo a este respecto, pues existe un camino que al estar terminado, cruzará unas 40,000 hectáreas aptas para colonizarlas y que deberá darle salida al mar a la estancia «Cisnes». Además, comisionados por el Gobierno, en la primavera del año pasado nos dedicamos a la tarea de estudiar una vía de comunicación e iniciar la apertura de la senda entre la estancia mencionada y el puerto del mismo nombre.

En los primeros días de Octubre, mi amigo Grosse y yo, abandonamos Santiago, bien equipados de carpas, útiles de cocina, armas y municiones y especialmente ropa de cuero y goma para defendernos de las inclemencias del tiempo. Llegados a Puerto Montt, nos embarcamos en el pequeño vapor *Colo-Colo* que nos llevó a orillas del litoral, poco visible por las espesas nubes y después de recalar en varios puertecitos y de atravesar el archipiélago de los Chonos, bajo un cielo cubierto de hermosas nubes que le daban al paisaje un aspecto fúnebre pero imponente, seguimos por el estero de Aysen, amaneciendo al cuarto día en el puerto fluvial del mismo nombre, en donde pudimos apreciar el notable adelanto que de año en año había logrado éste, pues los numerosos edificios fiscales de reciente construcción le han dado ya el aspecto de una ciudad.

En este puerto contratamos los trabajadores, adquirimos víveres, herramientas, tablas, animales para atender a la alimentación y caballos para el transporte de nuestro equipaje y carga. Nuevamente al cuarto día partimos en el vapor *Inca*, que desde entonces debía iniciar la carrera quincenal a «Cisnes». Con nuestra gente y bagaje ocupamos casi totalmente el pequeño barquito que tomó rumbo al Norte en dirección al próximo fiord, entrando al canal de Puyahuapi. Un lindo tiempo nos acompañaba, permitiéndonos apreciar toda la majestad que lucían los volcanes Macá y Cay, desde cuyas cimas descendían hasta perderse en las selvas vírgenes, inmensas masas de hielo. La tétrica Patagonia occidental estaba de gala y nos mostraba su fantástica hermosura.

Después de diez y ocho horas de viaje, penetraba el vapor, con gran cautela, en una bahía ubicada al Norte de la desembocadura del río Cisnes, en un extremo del estero Puyahuapi, doscientos kilómetros distante del próximo puerto.

Rodeados de altas cordilleras vemos un hermoso plano de valle, en que se observan algunas hectáreas de terreno, rozados y cubiertos de pasto alto, un rancho destruido que indican que ya se ha hecho un ensayo para colonizar aquellas tierras.

Desembarcamos y después de tres horas de trabajo, estuvimos con todos nuestros bultos en tierra. Un triple pitazo del vapor que lentamente se aleja, contestado por tres salvas de nuestras carabinas y ya estábamos solos en la selva, contentándonos con mirar por mucho tiempo al vapor que se alejaba y que representaba para nosotros la última comunicación con el mundo.

Un caos de cajones, bultos, sacos y herramientas se encontraban diseminadas al pie del monte. Rápidamente fué despejado el rancho caído, que ya desaparecía bajo el peso de la selva; armáronse las carpas y se guardaron las provisiones. El tiempo bueno nos acompañaba. Mientras que los trabajadores despejaban el sitio alrededor de la casa y la reconstruían con las tablas que habíamos llevado, al tercer día de nuestra llegada, nosotros plantamos dos palos, en cuyo tope flameaban dos banderas para celebrar la inauguración de nuestro chalet. Armamos nuestro bote de goma y pronto recorrimos la costa para explorar una playa vecina, a la que llegamos media hora después. Al desembarcar, grande fué nuestra sorpresa cuando encontramos en las arenas rastros de animales vacunos. Era pues efectiva la información que teníamos de que aun existían animales salvajes, denominados baguales. Se dice de ellos que son muy agresivos. A pesar de ir armados de una escopeta solamente, séguimos explorando la playa, encontrando muy pronto rastros de pumas.

En la desembocadura del río Cisnes existe una gran variedad de aves que habitan en los alrededores, especialmente patos y gansos silvestres, tan mansos que era posible acercárseles a muy corta distancia. Existe un islote muy interesante, poblado por centenares de patos liles.

Algunos días después, comenzamos nuestro verdadero trabajo en la selva virgen. Al penetrar en ella se siente, a pesar del buen tiempo, una impresión de solemnidad, debido, quizás, a lo maravillosa que es la semi-obscuridad que invade estas selvas casi tropicales. En ellas se atropella la enorme vegetación en un espacio reducido. Con estupor se entra a esta selva donde uno se queda estupefacto ante la abundancia de la vegetación, la forma pintoresca de los troncos, envueltos en musgos y líquenes; el desorden caótico de los árboles caídos, en todo grado de descomposición y la terrible humedad que se encuentra a cada paso; todo ello despierta curiosidad. Espesos quilantales de cuatro a seis metros de altura, entre los cuales no se

puede introducir la mano, impiden todo avance. Empero, el entusiasmo no dura; la selva es muerta y monótona.

El grueso suelo de tierra vegetal, la enorme humedad con una temperatura relativamente uniforme, permiten un desarrollo gigantesco de la flora, pero no así de los árboles. El piso pantanoso, los huracanes, las lluvias tropicales, no permiten que éstos adquieran una altura excesiva. Continuamente se deja oír el formidable estampido que anuncia el derrumbe de un gigante, que abre una gran brecha en la selva. No es ésta, por cierto, una sensación muy agradable cuando hay necesidad de atravesarla en días de temporal. El espantoso crujir nos hace pensar que tal vez el próximo árbol que caiga nos pueda sepultar bajo su peso.

Del enorme crecimiento de las plantas pueden dar una idea las matas de pangué que encontramos, cuyas hojas tienen un diámetro de cuatro metros; los hongos gigantes de más de medio metro de diámetro; helechos de cinco a seis metros de altura, que sobrepasan los quilantales, y hasta los caracoles se desarrollan en forma extraordinaria, habiendo encontrado ejemplares de más de quince centímetros de largo.

Por este muro de plantas debíamos abrirnos camino y para poderlo hacer traficable a las cabalgaduras, no era posible que tuviere menos de cinco metros de ancho. Lentamente se abre la brecha en la espesura y mientras que con el peso del cuerpo se aplastan los montones de quilas depositadas a ambos lados, barricadas de troncos y ganchos tienen que cortarse con el hacha. Metro a metro se avanza, pero no sin dirección marcada. Hay necesidad de gatear, trepar, pasar por sobre las quilas y dejar marcado en los árboles el trayecto de la senda; todo esto para que después de muchas horas de trabajo no se haya avanzado ni un kilómetro. Indudablemente que el trabajo que demanda mayor esfuerzo y de menor rendimiento es el reconocimiento a través de la selva. Se anteponen obstáculos de toda naturaleza: lagos, pantanos, profundas quebradas, rocas, torrentes que es necesario escudriñar para encontrar una pasada favorable; todo ello un placer con buen tiempo, pero con lluvia, un martirio.

Habían días y semanas que las lluvias torrenciales no permitían siquiera abandonar las carpas; sin embargo, en el curso de un mes tuvimos la suerte de que el tiempo se nos presentara bueno y pudimos transportar nuestro campamento diez kilómetros al interior.

En el mes de Diciembre cambió notablemente nuestra si-

tuación. Por fin amaneció una mañana sin lluvia. Mi compañero Grosse parte a caballo en busca de víveres. A mediodía se descarga una lluvia torrencial, espantosa, a tal extremo que el río Cisnes sube el nivel de sus aguas a razón de un metro por hora; nuestras carpas casi se aplastaban. ¿Qué suerte habría corrido mi amigo en medio de la selva? El suelo ya no absorbía la cantidad inmensa de agua caída; observábamos con ansias el camino y veíamos con terror que se acercaba la noche. Al fin aparece el caballo de mi compañero cargado de bolsas mojadas con provisiones. Temí una desgracia y en los momentos que ordenaba a algunos hombres aprestarse para ir en su busca, sentí la voz de él. Fuimos a su encuentro y lo encontramos muy fatigado y de mal humor porque un puma había degollado los últimos cuatro corderos que nos quedaban en el puerto, lo que constituía un tremendo golpe para nosotros, debido a que las provisiones mermaban en forma apreciable.

Una nueva mañana sin lluvia nos encuentra listos para ascender al Cerro Pirámide de 1,200 metros de altura. Dos hombres con machetes iban de vanguardia, para romper la mayor espesura. En estas condiciones y después de varias horas habíamos alcanzado la mitad de la altura, donde pudimos observar que las nubes bajaban rápidamente. En efecto, pronto se descarga nuevamente la lluvia. Tropezamos aquí con un gran muro de rocas al que tratamos de trepar, buscando en vano durante varias horas bajo una lluvia torrencial, un punto por donde subir. Estábamos completamente mojados y no quedaba otra cosa que regresar, decidiéndonos a bajar directamente. Una fina y tupida lluvia nos disminuía la visibilidad, siendo necesario orientarnos con brújulas. De súbito nos encontramos a orillas de un bosque de cipreses, árboles milenarios que crecen en medio de un pantano amarillo, donde la quila no se puede desarrollar. Estábamos en el dominio de los musgos, de los cuales hay centenares de variedades, que en espesos cojines cubren el suelo, tejen sus mallas sobre arbustos, cuelgan en largos velos y tapizan troncos y ganchos, ocultando el fango sin fondo.

Regresar al cerro era imposible por lo avanzado de la hora, y, en consecuencia, no quedaba otra cosa que cruzar el cipresal. Así lo resolvimos. Cuidadosamente nos balancéabamos, tomados de raíces ocultas, aprovechando alcanzar al primer tronco caído que encontrábamos, para desde allí dar un salto a un montículo de musgo; pero la desgracia nos perseguía; pues uno de éstos cede y nos hundimos hasta la cintura en el pantano.

Desesperados, cada uno se toma de un montón de musgo, los que exprimían el agua por litros, que no encontrando camino mejor se nos introdujo por las mangas, completando nuestra mojada. La lluvia no cesa, el agua corre y desciende por todas partes. Agua de arriba, agua de abajo, de modo que nuestra ropa y la mochila se encontraban completamente mojadas, dificultándonos nuestros movimientos. Trepábamos, gateábamos de raíz en raíz, pero al cipresal no le encontrábamos fin y mientras tanto llegaba el atardecer con la terrible neblina. Nos invadía la desesperación porque comprendíamos en esos momentos que empezaba a erguirse el fantasma de una noche terrible. Esto nos dió fuerzas para avanzar lo más rápidamente posible, pero quedábamos aprisionados con nuestras mochilas en los árboles, caíamos de nuevo en los pantanos. Nadie se preocupa ya de su compañero, porque avanzar y avanzar era todo nuestro deseo. Permanecer toda una noche en estos pantanos, enteramente mojados, habría sido desastroso. Cuatro horas nos había tenido el cipresal en su garras y ya comenzaba la noche cuando notamos que bajo nuestros pies había piso firme. ¡Qué júbilo! No podíamos estar muy lejos del campamento y, en efecto, pronto respondieron a nuestros llamados, tomando felices esa dirección; pero, súbitamente, nuestra linterna ilumina un negro abismo. Toda tentativa para encontrar una bajada fué inútil y ya la noche en la selva nos abrazaba con todo su terror. Por espacio de varias horas buscamos sin resultado una bajada. Las luciérnagas, por millones, con su luz tenue y verdosa, bailaban, se pillaban y se apagaban. Troncos enteros alumbraban con su luz mágica de fósforo, incontables sapos y ranas cantaban en coro y las lechuzas y buhos gritaban y bufaban, enojados seguramente por nuestra intempestiva visita a hora tan avanzada. Por fin, a media noche, logramos llegar a nuestro campamento, casi completamente agotados.

A la mañana siguiente, al salir de nuestra carpa, pudimos observar las frescas pisadas de un puma al borde de la puerta. Indudablemente que un león nos había visitado, satisfaciendo así su curiosidad.

En el mismo mes de Diciembre logramos avanzar otros diez kilómetros con nuestro trabajo. La Pascua de Navidad nos trajo un hermoso tiempo de verano. Sin una nube se muestra el límpido cielo; la fauna despierta y la selva muerta adquiere vida. Insectos, arañas y coleópteros aparecen en todas partes. Pequeños venados salen a tomar el sol a las orillas de los ríos,

mientras docenas de golondrinas descansan sobre nuestras carpas, mostrándose tan mansas que en varias ocasiones se pararon sobre nuestros pies.

A comienzos de Enero trasladamos nuevamente nuestro campamento al kilómetro 23. Cual bastidores de teatro se elevan ante nosotros; colinas, cerros y montañas, formando este conjunto un paisaje maravilloso, que no nos cansábamos de admirar. Pasamos cerca de unas pequeñas cataratas que forma el río Cisnes, precipitándose toda la inmensidad de agua por una angostura no mayor de cinco metros.

Desgraciadamente, el 6 de Enero terminó el Verano que sólo había durado trece días. Después de una mañana abochornada se descarga una tempestad eléctrica de una violencia nunca vista. Sordamente retumbaban los truenos en la solitaria cordillera, diluvios amenazaban sepultarnos en las carpas, rodados de piedras y hielos se desprenden de los cerros y completan el terrible concierto, pareciéndonos que la naturaleza quería mostrársenos con todas sus fuerzas, pues, para completar el espectáculo, un rayo, con su poder incalculable, había prendido fuego a los árboles mojados. Por otra parte, el aguacero se transformaba en diluvio de una persistencia tal que durante cincuenta días consecutivos no escampó. Para dar una idea, baste saber que nuestro pluviómetro de Puerto Cisnes registró 310 milímetros de agua caída en el mes de Febrero solamente, igual al término medio de agua caída en Santiago, durante un año.

A pesar de estas inmensas dificultades, llegamos a fines de Febrero hasta el kilómetro 36. Estábamos desde hacía cuatro meses sin comunicación con el mundo. Nuestras provisiones amenazaban agotarse y no era posible desentenderse, siendo de imprescindible necesidad establecer comunicación con la estación allende la cordillera. El peligro del hambre y la desesperación causado por este temor, lo exigían rápidamente. El 25 de Febrero escogimos los diez mejores hombres y después de reunir los víveres, dejando los necesarios para que los exploradores que quedaban tuvieran para ocho días, partimos en dirección a la cordillera, cargado cada uno con nuestra pesada mochila. Muy lentamente avanzamos, acompañados de una fina y tenaz lluvia. Horriblemente mojados nos sorprendió la noche en medio de un pântano, donde fueron extendidas las carpas, agolpándose todos los hombres alrededor del fuego, cuyo humo mo-

jado nos hacía llorar. Nadie pudo dormir y por esto esperábamos con ansias el amanecer.

El segundo día fué aun peor; pero, a pesar de todo, mirábamos con indiferencia esas masas de agua que caían, que, asociadas a la terrible plaga de sanguijuelas que nos atacaban sin piedad, nos hacían la vida insoportable. La continua pérdida de sangre que experimentábamos por esta causa nos tenía extenuados, pero llegó un momento en que nos mostramos indiferentes a esta plaga. En la noche se desarrolló un violento temporal a través del valle, acompañado de un huracán que amenazaba volar con nuestras carpas, siendo, por consiguiente, imposible dormir.

El tercer día fué aún más desconsolador. Se nos interpuso en el camino una colina cortada a pique que nos impidió el paso por la orilla del río, siendo necesario rodearla por el norte, perdiendo de vista el río Cisnes. Extensos pantanos obstaculizaban nuestro avance, tomando cuerpo la desesperación, debido a la duda que nos embargaba de poder cruzar la cordillera. Esa noche nos vuelve a pillar sobre un pantano, donde tendimos una gruesa capa de gangochos sobre las aguas y, envueltos en mantas, nos entregamos al sueño que al fin nos venció. Y ¿para qué recordar al cuarto día? Fué más atroz. La misma lluvia monótona agregada a la humedad que nos entumecía hacía que nuestros movimientos fueran lentos y desganados, cayéndonos con frecuencia y obligándonos por momentos a hacer uso de descansos más y más largos. Había que agregar a ésto el estricto racionamiento de los víveres que se nos iban agotando. Felizmente, esa misma noche llegamos a la orilla de un poderoso afluente; el río Grande, cuya playa arenosa, sin sanguijuelas, con leña seca, nos brindaba la oportunidad de acampar con mayor comodidad. Cesa la lluvia, aparecen las estrellas y alrededor de dos enormes fogatas podemos al fin secar nuestras ropas y provisiones. Habíamos avanzado trece kilómetros en cuatro días.

El día siguiente lo inicia una hermosa mañana que aprovechamos en tender un puente de palo sobre el río Grande antes del medio día. Con buen ánimo y con nuevas esperanzas avanzamos a través de la selva bañada ahora de sol, pero una sola preocupación nos invade. ¿Alcanzarán los víveres calculados para cinco días? Racionándolos posiblemente podría suceder que nos permitieran abastecernos hasta siete días, pero ¿cuánto camino faltaba por recorrer para salir de la selva? Un nuevo

temporal nos habría sido fatal, pero la suerte nos acompañó; logrando recorrer más de seis kilómetros por día, observando que la quila perdía espesor y que la zona de las grandes lluvias iba quedando atrás y así, orillando el río Cisnes íbamos sin cesar en dirección al este, presentándonos a nuestra vista maravillosos montes que reemplazaban a la tétrica selva.

El séptimo día se nos presentó un grave obstáculo, que consistía en cruzar el ancho río Cisnes. A medio día encontramos el vado y sujetos a dos gruesas cañas, para evitar que nos arrastrara la corriente, entramos, uno tras otro, a las heladas aguas que nos cubrían hasta el pecho, logrando cruzar sus cien metros sin contar ningún accidente y llevando siempre nuestro equipaje atado al cuello.

El octavo día estábamos ya fuera de la selva, dejando atrás la fúnebre montaña y teniendo por delante un camino traficable. ¡Qué alegría!

El día siguiente, domingo, lo consideramos verdaderamente de fiesta, pues podíamos dar gracias a Dios por habernos guiado con tanta felicidad. Así, era posible que una caravana de doce hombres, pálidos, harapientos y patilludos pudiera ir apresuradamente hacia el este. Sólo 30 kilómetros nos faltaban para llegar hasta la primera casa, la que alcanzamos en la tarde, logrando comer el primer asado al palo que nos preparó el puestero.

El noveno día contábamos con dos caballos ensillados y con sesenta y cinco kilómetros que nos separaban de las casas de la estancia, causando nuestra admiración la enorme riqueza de la fauna en la zona de transición. Miles de gansos silvestres pueblan los innumerables y pequeños lagos, cientos de guanacos vagan por las pampas, que los estancieros no estiman porque les destruyen los cercos y son, además, portadores de la sarna y las avestruces huyen a largas distancias estirando sus largos cuellos para observar al viajero. El hambre no se conoce.

Recorrida la larga distancia y ya al atardecer llegamos a las casas del administrador general de la estación quién, en esos momentos, se encontraba comiendo cuando se le anunció que dos vagabundos esperaban en la puerta. Ignorante de donde veníamos, seguramente salió con el objeto de disponer que se nos atendiera en la cocina, pero grande fué su asombro cuando le narramos nuestro viaje, manifestándole que veníamos a pie de la costa del Pacífico. De inmediato fuimos condu-

cidos a una elegante pieza de alojados, con una cama provista de ropa blanca, con un baño caliente anexo, un comedor con mantel albísimo en que se nos sirvió una abundante comida y finos vinos, servidos gentilmente y alumbrados con luz eléctrica. ¡Admirable civilización! Y pensar que cinco meses habíamos pasado prisioneros de la selva, sin saborear las comodidades que la civilización nos brinda.

Los próximos días fueron de descanso, siendo gentilmente atendidos por el dueño de casa, Mr. Brigges, quién nos dió a conocer todas las dependencias de la estancia. En los días de nuestra permanencia en ella, se estaba procediendo a bañar todas las ovejas, desinfectándolas a fin de preservarlas de la sarna.

Por cierto que no todo fué felicidad. La estación de radio recibió la triste nueva, especialmente para nosotros, de que el vapor *Inca* que debía aprovisionarnos en Puerto Cisnes, había naufragado, perdiéndose todos los víveres que se nos remitían. Ante los hechos ocurridos, Mr. Brigges nos ofreció galantemente un automóvil en el que me dirigí a Puerto Aysen por la vía de la pampa argentina. En dos días recorrí los 400 kilómetros que me separaban del mencionado puerto. Al llegar a este punto me encontré con que las autoridades no habían hecho absolutamente nada en orden a reemplazar los víveres que se habían perdido en el vapor *Inca*, a fin de abastecer al resto de la expedición que se encontraba en Puerto Cisnes. Después de relatarles la situación desesperante en que debían encontrarse éstos y previos los trámites del caso, logré conseguir que el vapor *Coyhaique* me trasladara al siguiente día a Puerto Cisnes con las provisiones que logré reunir. Veinte horas demoró la travesía y heme aquí de nuevo en mi punto de partida, el Puerto Cisnes. ¡Nadie puede imaginarse la situación desesperante en que se encontraba mi gente! Durante varios días no habían probado más alimento que el pescado y el marisco que les había proporcionado la pesca, pero como la necesidad de variar en la alimentación es innegable, algunos habían echado a cocer sus chalas y pedazos de lazos para hacerse la ilusión de que tomaban un poco de caldo.

De mi compañero Grosse que había regresado con los diez hombres a través de la cordillera, no tenía noticia alguna.

Eran las tres de la mañana cuando terminamos el desembarco de nuestros víveres e inmediatamente zarpa el vapor no sin antes hacernos la promesa de volver por nosotros el 31

de Marzo. Esa misma noche y al poco rato de acostarme, siento voces al lado afuera que de inmediato compruebo que corresponden a mi estimado amigo y demás excursionistas, que en esos momentos llegaban, sin comer desde hacía cuatro días atrás. Por cierto que olvidamos momentáneamente nuestro cansancio y sueño, entretenidos en comunicarnos nuestras aventuras, hasta el amanecer. Por la relación que me hizo mi compañero pude darme cuenta que habían sufrido mucho más en el viaje de regreso que en el de ida. Les llovió desde el primero al último día, no encontrando en su camino los puentes provisorios que a la ida habíamos construído, pues habían sido arrasados por las aguas de los ríos.

El resultado de nuestro trabajo fué la comprobación de que era viable la construcción de una vía de comunicación entre el Océano Pacífico y la Estancia Cisnes, logrando, además, perfeccionar el nuevo mapa de la región. El camino quedó abierto hasta el kilómetro 36, o sea la mitad de la distancia que existe entre el Puerto Cisnes y el deslinde occidental de la estancia.

Antes de terminar, creo del caso insistir en que el Supremo Gobierno dedique parte de su atención a esta región del territorio de la república, reserva de riqueza y esperanza de sus más laboriosos hijos.